

LA ESPIRITUALIDAD EN LOS ESCRITOS JOANICOS

Evaristo Martín Nieto

Creo que la espiritualidad de la vida cristiana, según San Juan, se puede resumir en los siguientes puntos

1.- LA VIDA ETERNA

Para los evangelios sinópticos, el ideal es entrar en el “reino de Dios”. No suelen utilizar el concepto de “vida” o de “vida eterna” y, si lo hacen, es con sentido escatológico (Mt 7,14; Mc 9,43). Para Juan, el ideal está en conseguir la “vida eterna”; habla sólo en dos ocasiones del “Reino”, y también en sentido escatológico (Jn 18,36; 3, 3.5). El cristiano debe estar dispuesto a perder la vida temporal con tal de poseer la vida eterna.

El Padre, que es la vida y la fuente de la vida, tiene el poder de dar la vida y ha dado a su Hijo ese mismo poder (Jn 5,26). Jesucristo es el dador de toda vida, tanto en el orden material como en el orden espiritual: “Todo lo que ha sido hecho tiene vida en él” (Jn 1,4). “Yo he venido para que tengan vida y una vida abundante” (Jn 10,10). “Sin mí, no podéis hacer nada” (Jn 15,6). “El que tiene al Hijo tiene la vida” (1Jn 5,12). Para tener vida hay que ir a Jesucristo (Jn 5,40), porque él es el agua de la vida (Jn 4,14), el pan de vida (Jn 6,48), la resurrección y la vida (Jn 11,25).

Jesucristo nos da la vida a través de su palabra, la cual tiene una virtud fecundante, es portadora de vida. Sus palabras son “espíritu de vida” (Jn 6,63). “Sólo él tiene palabras de vida eterna”

(Jn 6,68). “El que guarde mi palabra nunca verá la muerte” (Jn 8,51). Por tanto, para alcanzar la vida, hay que escuchar y obedecer sus enseñanzas,

Esta vida espiritual radica ya en el tiempo y tiene una proyección eterna, se mueve en una doble dimensión: temporal y eterna. La vida que poseeremos eternamente, la poseemos ya ahora: “El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene (en presente) la vida eterna” (Jn 5,24). Por eso, la preocupación escatológica, que tienen los Sinópticos, incluso San Pablo, en Juan no existe, pues para él la vida futura ha comenzado ya en este mundo, la escatología ya está realizada. Sólo hay que esperar la escatología final o el final de la escatología que para cada uno es el día de la muerte corporal. La conjunción de estas dos vidas (de estas dos dimensiones de la misma vida) la expresó Jesucristo con estas palabras: “El agua que yo le daré, será en él un manantial que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,14).

2.- LA DIVINIZACIÓN DEL CRISTIANO

Al tomar posesión de la vida hemos quedado transformados, se ha realizado en nosotros una doble mutación: ontológica y jurídica. Un cambio en el ser: “Nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre” (Ap 1,6). Este estado nuevo lleva consigo una nueva ordenación de nuestra vida: “Somos de Dios y para Dios” (1 Jn 4,6). El cristiano es un expropiado, pertenece por entero a Dios y también por entero se debe a los hombres.

Esta expropiación o divinización consiste en pasar de un mundo a otro mundo, del mundo de abajo al mundo de arriba. El cristiano no es de este mundo, igual que Jesucristo (Jn 17,16). Este antagonismo entre el mundo de abajo y el mundo de arriba define la postura espiritual del hombre frente a Jesucristo. La palabra “mundo” aquí tiene la significación de una realidad de orden moral. El cristiano tiene que seguir en este mundo, en la esfera terrestre, hasta que le llegue su hora, pero no ser del mundo, no seguir en el pecado (Jn 17,5), tiene que nacer de arriba, ser del otro mundo, ser una nueva criatura. En Juan es corriente el empleo de palabras con doble, o incluso triple significado, como en este caso la palabra “mundo”.

La transformación ontológica del cristiano está, pues, en el nacimiento nuevo (Jn 3.3) en virtud del Espíritu y a través del agua (Jn 3,5) al ser bautizado. Se trata de poseer una naturaleza divina, de ser hijos de Dios, no simplemente de adopción: “Somos llamados hijos, y, en efecto, lo somos” (1Jn 3.1). Como hijos que somos, participamos de la naturaleza del Padre (2Pe 1,4).

Ya hemos dicho que el nacimiento nuevo se efectúa también por la Palabra de Dios. En la parábola del sembrador se advierte la fuerza vital de esa Palabra (Mc 4,1ss) sembrada en el corazón del hombre (Lc 8,12; Mt 13,19). La Palabra, como la Eucaristía, es “pan de vida”. Las dos son el alimento de nuestra vida espiritual. Por eso “la Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura, Palabra de Dios, como al mismo Cuerpo del Señor” (DV 21). San Agustín decía: “Verus Christus et in Verbo et in Carne”. La comparación entre la Palabra y la Eucaristía no afirma una semejanza unívoca, sino análoga, pretende subrayar el “realismo” de la presencia de Jesucristo en la Escritura Sagrada, como también lo es en la Eucaristía. Ambas se complementan. Esto dice un autor moderno: “Sin la Eucaristía, tenemos en la Biblia las palabras de un ausente y sin la Biblia, tenemos en la Eucaristía una presencia muda” (Auzou).

3.- LA LUZ Y LAS TINIEBLAS

El mundo está dividido en dos regiones, la región de la luz y la región de las tinieblas. El poder de las tinieblas está sometido al Maligno. El de la luz a Dios y al Logos. De esta manera simbólica se dramatiza la lucha del cristiano para conseguir la vida. Pasar de las tinieblas a la luz es nacer de nuevo.

“Dios es luz” (1Jn 1,5). Es una definición poética, moral y funcional de Dios. Dios es luz porque ilumina a los hombres, los cuales tienen la obligación de dejarse iluminar por él. El Dios del A.T. es el Dios de la luz, “llama ardiente” (Is 4,5). La luz viene a ser como una expresión de la presencialidad de Dios. Dios es luz, porque en él no hay doblez en sus relaciones con el hombre, porque procede siempre con absoluta fidelidad. “Dios no se muda”, es la lealtad misma.

Jesucristo es también luz, pero no la luz en sí misma, como es el Padre, sino la luz recibida del Padre para iluminar a los hom-

bres. Ha venido para ser la luz de la vida (Jn 8,12): “Yo he venido como luz al mundo” (Jn 12,46). Creer en Jesucristo es creer en la luz, ser hijos de la luz, ser de Dios (Jn 12,36). Como la vida se torna imposible sin la luz, podemos decir que la luz es la vida, que engendra la vida. Sin luz no hay vida, ni en el orden físico, ni en el orden espiritual.

Las tinieblas son, en sentido figurado, el reino de Satanás que lucha por extender la muerte y el pecado en el mundo: una especie de personificación del pecado. Dios sitúa al hombre en una encrucijada: elegir entre el dualismo luz y tinieblas (Jn 3,19-21). Andar en las tinieblas es haber rechazado a la luz. El pecado contra la luz es el peor de todos, porque es un pecado radical, pues aparta del camino de la rectitud: Si camina en las tinieblas no sabe adonde va (Jn 12,35-36), está perdido. Cerrar los ojos a la luz es no querer ver, autoexcluirse de la vida, perderse en la noche de la muerte. “Si estamos en la luz, estamos en comunión unos con otros” (1 Jn 1,7). Si rompemos la comunión con los hermanos, hemos roto la comunión con el Dios de la luz. “El que dice que está en la luz y odia a su hermano está en las tinieblas” (1 Jn 2,9), está en el pecado, pues el pecado consiste en odiar, y en no amar al hermano. La falta de amor será la causa de la condenación, mientras que el amor operativo lo será de la salvación (Mt 25,31-46).

Sin la luz, no tiene sentido el caminar. “Si uno anda de noche tropieza, porque le falta la luz” (Jn 11,1). El pecador camina en las tinieblas y no quiere acercarse a la luz, para que no se manifieste la maldad de sus obras, todo lo contrario del que obra el bien (Jn 2,21).

4.- EL CRISTOCENTRISMO

La espiritualidad del cristiano se va llenando progresivamente de exigencias morales que discurren concéntricamente en torno a Jesucristo. Estos círculos concéntricos empujan cada vez más al hombre hacia Jesucristo, hasta identificarse, en cierto modo, con él. Cristo es el centro vital de toda la creación, lo domina todo en el espacio y en el tiempo, tiene sobre vivos y muertos el más absoluto señorío (ver Ap 1,18). La sobreabundancia de gracias -“gracia sobre gracia”: Jn 1,16-, que comienza por la filiación divina (Jn 1,12) y va perfeccionando al hombre, se deben todas al Verbo

encarnado que, por ser Hijo de Dios, posee la plenitud de la divinidad. Una plenitud que se manifiesta en los atributos de misericordia y de fidelidad y que se desborda en los que creen en él (Jn 1,16).

Jesucristo es el buen pastor que conoce personalmente a las ovejas. Las ovejas tienen también que conocerle a él, amarle y obedecerle (Jn 10,14). Jesucristo es también la puerta del redil por la que hay que pasar para entrar en el reino. El es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6), es decir, el camino verdadero que conduce a la vida. Sólo a través de él se puede llegar al Padre.

El cristiano está radicado en Cristo, como el sarmiento en la cepa. Con esta metáfora Cristo afirma nuestra absoluta dependencia de él, tanto en el ser como en el obrar. Sin él, separados de él, sólo servimos para ser echados fuera, como el sarmiento seco que se arroja al fuego y se destruye (Jn, 15,1-6). Pero unidos a él entramos en comunión de su misma vida y su mismo poder, nos hacemos, en cierto, modo omnipotentes: "Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis" (Jn 15,7).

No solamente él, sino también el Padre harán en el hombre morada permanente (Jn 4,23). El hombre está en ellos y ellos en el hombre (1 Jn 1,4). Es la fórmula de la mutua inmanencia, tan repetida en el evangelio. Sabemos que guardamos esta comunión con el Padre y con el Hijo, porque nos ha dado su Espíritu (1 Jn 4,13) y porque estamos en comunión unos con otros (1 Jn 1,3-4; Jn 17,20-23). Para estar en Ellos (el Padre y el Hijo), tenemos que estar con ellos (los hombres) en unidad y en comunión. Jesucristo debía morir "para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11,52). Sin unión con el prójimo, no hay unión con Cristo. Eso de "a solas con solo Dios" no parece una fórmula muy evangélica. Únicamente lo es, si estar a solas con El, es para estar después más con ellos.

San Juan ha concebido el ideal de la perfección cristiana como el cumplimiento del mandamiento del Señor, el del Padre, que constituye la base y la cumbre de la religiosidad: "Este es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo" (1 Jn 3,23). El hombre tiene que vencer las fuerzas del mundo de abajo con la fe: "La victoria que ha vencido al mundo es nuestra fe" (1 Jn 5,4). Sin fe, no hay vida.

5.- LA FE

La fe se centra en Cristo: “La obra de Dios es creer en el que El ha enviado” (Jn 6,29). Si no se cree en Jesucristo, no se guarda la palabra del Padre (Jn 5,38), pues la voluntad del Padre es que crean en su Hijo (Jn 6,,40). El primer estadio de la fe es Jesucristo, el segundo es el Padre.

Toda la espiritualidad de San Juan parte de estas palabras: “hay que creer que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y, mediante esta fe, tener la vida” (Jn 20,31). Esta es la suprema finalidad del evangelio.

Esta aceptación explícita de la mesianidad y de la divinidad de Jesús es la señal para distinguir a los hombres en relación con Dios: “En esto conocéis el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios, todo espíritu, que no confiesa a Jesús, no es de Dios” (1 Jn 4,2-3). “Si no creéis que YO SOY, moriréis en vuestros pecados” (Jn 8,24).

El hombre se autojuzga a sí mismo con referencia a la fe : “El que no crea, ya está juzgado, mientras que el que crea no es juzgado” (Jn 3,18).

La fe, pues, está en el origen de la vida. Fórmulas positivas de esta realidad: “El que cree tiene vida eterna” (Jn 6,47). “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Jn 3,36). “El que escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado tiene vida eterna” (Jn 5,24). Fórmulas negativas: “El que cree en mí no morirá” (Jn 11,26). “El que cree no es juzgado” (Jn 3,18).

Esta fe no es la fe del carbonero, sino una fe razonada, apoyada en múltiple testimonio. El testimonio de las Sagradas Escrituras (5,39), el del Padre (5,31.32.37; 1 Jn 5,9-11), el del Bautista (1,15.34; 5,33), el de los apóstoles (15,27; 20,31; 1 Jn 4,14). el de los milagros o “signos” (4,48; 6,40; 10,38), el de las profecías (12,16.38-40; 13,18).

La fe produce el conocimiento de Jesucristo. El que cree en él, le conoce y el que no cree no le conoce. El conocimiento de Cristo supone la posesión de la fe : “Nosotros hemos creído y hemos conocido que tu eres el santo de Dios” (Jn 6,69). “Nosotros hemos creído para conocer, porque si hubiéramos querido conocer antes de creer, no hubiéramos conocido ni creído” (San Agustín). “Después de la fe,

el conocimiento y nunca antes el conocimiento que la fe, según está escrito: si no creéis, no comprenderéis” (San Cirilo de Alejandría).

La fe es un don, un puro regalo de Dios. El hombre, por sí solo, no puede tener fe. Lo único que tiene que hacer es aceptar ese regalo. Podríamos decir que “creer es querer creer”.

La fe no puede quedarse en el aspecto intelectual, en aceptar con la cabeza que Jesucristo es Dios. Eso es sólo el punto de partida. Tiene que desarrollarse en el área de la voluntad y del corazón. Desde esta perspectiva, tres son los elementos de la fe: obediencia, confianza y fidelidad. La obediencia supone la escucha para comprender, asumir y practicar lo que Jesucristo ha dicho. A esto se llama “obediencia de la fe”. Esta obediencia culmina en el abandono en los brazos de Dios, en una entrega total a él, en fiarse de él de manera absoluta, en dejar en sus manos nuestra existencia humana y religiosa. Esto decía el salmista: “Confía toda tu vida al Señor y fiarte de él; que él sabrá lo que hace” (Sal 37,5). Lo mismo que decía San Pablo: “Sé de quién me fío”, y San Juan :”Nosotros nos hemos fiado del amor que es Dios” (1 Jn 4,16). El cristiano tiene que relacionarse con Dios desde la confianza filial consciente de que habla con su Padre. Dios es la fidelidad misma, cumple siempre, no falla jamás. El cristiano tiene que corresponder a esa fidelidad “siendo fiel hasta la muerte” (Ap 2,10).

La fe tiene que ser operante, acompañada de buenas obras. Una fe, sin obras, está muerta. El creyente se ha comprometido a guardar los mandamientos, la palabra de Cristo (Jn 14,15.21). La fe, si está viva, produce necesariamente obras de amor operativo. En la vida espiritual la fe es el “espíritu” y las obras la “letra”; y, si no hay letra, no puede haber el espíritu de la letra. “Cree de verdad aquel que practica con la vida la verdad que cree” (S. Gregorio Magno). La fe actúa por la caridad (1Tes 1,3).

Una fe así es todopoderosa:

“Os aseguro que el que cree en mí hará las obras que yo hago y las hará aún mayores que éstas, porque me voy al Padre, y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en su Hijo. Lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré” (Jn 14,12-14).

La fe, por tanto, se realiza en la obediencia, se vive y se mantiene en la confianza y en la fidelidad y se manifiesta en el amor operativo.

El sustantivo “fe” (*pistis*) aparece 24 veces en los evangelios sinópticos y ninguna en Juan, pero el verbo “creer” (*pisteuein*) aparece 30 veces en los Sinópticos y 88 en Juan, al que se puede llamar, con toda razón “el evangelio de la fe”.

6.- EL AMOR

6.1. El amor a Dios y a Jesucristo

El objeto primero del amor es Dios, de quien procede todo bien. Este es el mandamiento principal: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6,5; Mt 12,28-30.33). Hay que amarle con el corazón, no sólo con los labios, como hacían los fariseos: “Muy bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mc 7,6). “Yo sé bien que noamáis a Dios” (Jn 5,42). “Pagáis el diezmo... y olvidáis el amor” (Lc 11,42). No tienen a Dios por Padre, por eso no le aman (Jn 8,42).

Nuestro amor a Dios es una consecuencia del amor que él nos tiene. “Le amamos, porque él nos amó primero” (1 Jn 4,19). “Dios nos ama para que le amemos mediante el amor que nos tiene” (San Juan de la Cruz, Cta.32). “Amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo igualándola consigo, y así ama el alma en sí consigo, con el mismo amor con que él se ama (CB 32,6). El amor a Dios es, por tanto, un don que él nos regala y que Jesucristo le pide para sus discípulos: “Les he manifestado tu nombre para que el amor que tú me tienes esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26).

Mediante el amor el hombre entra en comunión con Dios y se hace uno con él: “La cosa amada se hace una cosa con el amante, y así hace Dios con quien le ama” (San Juan de la Cruz. Cta.11).

Jesucristo quiere que le amemos a él por encima de la propia familia : “El que ama a su padre, o a su madre, a sus hijos o a sus hijas, más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10,37; Lc 14,26). Quiere que le amemos incluso por encima de nuestra propia vida: “El que ama a su vida, la perderá, y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna” (Jn 12,25). El se nos da por entero, pero exige, en reciprocidad, la misma radical entrega. Hay que dejarlo todo por él, no sólo los bienes de este mundo, el

dinero, el Dios Mammona, incompatible con el Dios de la Biblia, sino a la misma familia (Mc 10,7), hay que negarse a sí mismo y cargar con la cruz por amor a él que cargó con todas las cruces del mundo (Lc 9, 23).

Modelo de amor a Jesucristo es la Magdalena, la discípula amada, que le siguió en entrega absoluta durante su vida pública (Lc 8,2), que le lloró en la cruz (Jn 19,25), que fue la más madrugadora para ir al sepulcro (Jn 20,1) y la primera a la que Cristo se aparece y constituye en el primer testigo de la resurrección y en apóstol de los mismos apóstoles (Jn 20,11-18).

Modelo de amor es el discípulo amado (Jn 13,23), que le siguió hasta el calvario (Jn 18,15) y fue el primero, antes que Pedro, en llegar al sepulcro tras el anuncio de la Magdalena (Jn 20,4).

Y es también un modelo de amor la pecadora arrepentida (Lc 7,36-50), que le amó mucho más, más que nadie, porque le había perdonado mucho, pues a más pecado, más perdón y a más perdón, más amor: “A quien se le perdona mucho ama mucho y al que se le perdona poco ama poco” (Lc 7,47).

Seguramente el modelo más grande es Pedro, que ama a Jesús más que los demás discípulos y así lo profesa por tres veces (Jn 21,15-17). El sobrenombre de “roca” que le impone Jesucristo (Mt 16,18), es el símbolo de su amor firme, total e inmovible hacia él.

El amor a Jesucristo se demuestra cumpliendo sus mandamientos: “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos” (Jn 14,15.21), haciendo de sus enseñanzas norma de vida (Jn 14,23), para permanecer en su amor, igual que él cumple los mandamientos de su Padre y permanece en su amor (Jn 15,9-10).

El que ama a Jesucristo es amado por Dios y se convierte en santuario de la Trinidad Augusta (Jn 14,23).

6.2. *El amor fraterno*

Los hombres tienen la obligación de amarse, como una consecuencia de su naturaleza de amor.

“El que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7-8). Sin amor a los hombres, no hay amor a Dios. Y el amor a los hombres, hay que hacerlo desde el amor a Dios: “quien a su prójimo no ama, a Dios aborrece” (San Juan de la Cruz, A 176).

El fundamento de nuestro amor es, al mismo tiempo, el amor que Dios nos tiene: “Si Dios nos ha amado también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1 Jn 4,11), y el amor que nosotros debemos tenerle a él: “Hemos recibido de él este mandato: que el que ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4,21).

6.3. *El amor-comunión*

Este es el mandamiento de Jesús: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12-17). Es su mandamiento nuevo. Y es nuevo, porque nadie, hasta Jesús, había llegado tan lejos en la formulación del amor, por su motivación y por sus exigencias. Nos amamos *porque* él nos ha amado, y debemos amarnos *como* él nos ha amado. Esta es una característica propia del IV Evangelio.

El mandamiento nuevo es la síntesis de todo el evangelio. El amor es un don del Padre que nos trae el Hijo para que se lo devolvamos al Padre a través de sus hijos, nuestros hermanos. La vida cristiana exige pensar en los demás y en Dios hasta olvidarse de uno mismo.

San Juan nos da una metafísica del amor que avanza de la siguiente manera: Dios es amor. Por tanto, todo lo que lleva el sello del amor presencializa al mismo Dios (1 Jn 4,8). Dios ama al Hijo (Jn 3,35; 10,17). El Hijo nos ama a nosotros con ese mismo amor (Jn 13,1; 15,9). El Padre nos ama también porque nosotros amamos al Hijo (Jn 16,27). Y como una consecuencia de estos amores, surge el amor fraterno (Jn 15,12). La comunión con Cristo, mediante el amor, es el fundamento de la comunión con los hermanos también en el amor. El que ama a Dios tiene que amar a los hijos de Dios (1 Jn 5,1).

Según esto, la novedad del mandamiento nuevo radica en la nueva vida conseguida por el amor. Por eso, San Juan insiste en el *amor-comunión*. El amor nos unifica a unos y a otros, como unifica al Padre y al Hijo (Jn 17,23-26). El amor cristiano se presenta como una derivación de la fe. Vivir según la fe (caminar en la verdad) es vivir en el amor fraterno (caminar en el amor).

San Juan lo ve todo en el plano de la unión con Cristo, de la vida nueva. Para entender el mandamiento nuevo, hay que tener en cuenta la dicotomía de los dos mundos que él distingue: el mundo de arriba y el mundo de abajo. El mandamiento nuevo se centra y

tiene sus exigencias en el mundo de arriba, en el nacimiento nuevo. Este *amor-comunión* no se extiende al mundo de abajo, no es un amor universal, sino un amor puramente cristiano referido a los hermanos en la fe, a los que tienen también el nacimiento nuevo mediante su unión con Cristo.

Pero en este mundo de arriba el amor tiene unos postulados absolutos y las mismas dimensiones que tiene el amor de Cristo. Tenemos que amarnos como él nos amó, hasta morir unos por otros. Esa es la situación límite del cristiano con referencia a los demás cristianos. “Hemos conocido el amor en que él ha dado su vida por nosotros; y nosotros debemos dar también la vida por nuestros hermanos” (1 Jn 3,16).

Esta disponibilidad a dar la vida por los hermanos es una fuerza que el cristiano posee por estar unido a Jesucristo y vivir en su amor. La apertura del amor queda así limitada al mundo de arriba. De una manera negativa San Juan advierte a los cristianos que no amen al mundo de abajo, ni a las cosas que hay en él. Porque “si alguno ama el mundo, el amor del Padre no está en él” (1Jn 2, 15).

De todo esto se deduce que el amor fraterno cristiano difiere esencialmente del amor fraterno mundano. Porque el cristiano parte de un principio sobrenatural: pertenece a una familia de creyentes, en la que está integrado en plenitud, hasta dar su vida por los demás miembros.

Estas motivaciones del amor nos enclaustran en el círculo de los cristianos, de los que viven en el mundo nuevo, y así podríamos hablar del exclusivismo que San Juan pone en el amor. Es verdad que San Juan habla también del amor universal, pues el “mundo”, con su complejidad de significado, al que también hay que amar, significa, a veces, el campo enemigo. Pero este amor desinteresado, que se impone sin motivación alguna, es tan reducido que prácticamente queda eclipsado por el *amor-comunión*.

En todo caso, cuando San Juan habla del *amor-comunión*, está hablando de la fuerza vital que sostiene e impulsa la marcha religiosa del cristianismo, de la vida interior de la Iglesia. La Iglesia se mantiene viva por el amor y en el amor. Los cristianos son todo amor. El amor a los hermanos en su razón de ser, su carné de identidad: “En esto conocerán que sois discípulos míos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13,35).

San Juan habla de una manera positiva y no restrictiva. El no excluye nunca el otro amor, el amor a los que no tienen comunión con los cristianos. Por otra parte este amor, motivado desde la fe, se abre a la universalidad, pues el mandamiento nuevo se promulga en una perspectiva escatológica. Jesucristo lo proclama como su testamento, en un discurso que se refiere íntegramente al mundo futuro, en el que hay cabida para todos los hombres, al que todos están llamados y en el que todos deben realmente entrar. La universalidad del amor está implícita en que Cristo murió “por los pecados del mundo entero” (1 Jn 2,2).

Hay que decir, por fin, que para San Juan la señal inequívoca de poseer ya la vida eterna está en el amor: “Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos; el que no ama permanece en la muerte” (1 Jn 3,14; Jn 13,35). Esta misma idea la repite bajo el símbolo de la luz y de las tinieblas. Unas veces en lenguaje positivo: “El que ama a sus hermanos permanece en la luz” (1 Jn 2,10) y otras de manera negativa: “El que odia a su hermano está en las tinieblas” (1 Jn 2,11). El que no ama no es discípulo de Cristo, pues un cristiano que no ama es un imposible.

7.- LA VERDAD Y LA MENTIRA

La verdad está en Dios, es el mismo Dios, es la Palabra de Dios (Jn 17,17), es Jesucristo (Jn 14,6), es un don divino que Dios ha hecho al hombre en Jesucristo (Jn 1,14.17). Para estar en la verdad, hay que vivir en comunión. El testimonio unánime, en unidad de fe, de los cristianos, es el “testimonio de la verdad”. Sólo desde la unión fraterna se practica la religiosidad “en espíritu y en verdad” (Jn 4,23), es decir, en Jesucristo, templo verdadero de Dios, en el que se celebra el culto cuyo maestro de ceremonias es el Espíritu Santo. El culto puramente externo es un culto falso.

La mentira es la negación de esta realidad y comienza por quitar a Dios del medio, pues le hace mentiroso, al negar el testimonio de Dios que nos manifiesta que Jesús, es su Hijo (1 Jn 5,10) “El mentiroso es el que niega que Jesús es el Cristo” (1 Jn 2,22). La mentira es una vileza, nace del Diablo que es “el padre de la mentira” (Jn 8,44).

Con el dualismo verdad-mentira San Juan expresa las dos posturas espirituales del hombre. Vivir en la verdad es estar en comunión con Dios y con los hombres, ser de Dios (Jn 7,17), pertenecer al mundo de arriba (Jn 3,3-7), ser del Espíritu Santo (Jn 3,6). Vivir en la mentira es ponerse de espaldas a Dios y a los hombres, poseer una vida terrena (Jn 3,31), vivir en el mundo de abajo (Jn 8,23), ser del Diablo (Jn 8,44).

La verdad genera en el cristiano un espíritu no de esclavitud, sino de libertad. Los que siguen a Cristo no son esclavos, sino hijos, y, por tanto, tienen la libertad de los hijos; son amigos de Jesucristo (Jn 15,15) y los amigos se mueven siempre en un clima de absoluta libertad y confianza. “La verdad nos hace libres” (Jn 8,32). El derecho a la libertad es el primer derecho moral del hombre en la sociedad civil y lo es también en la Iglesia, en la que los cristianos pueden moverse a sus anchas, sin sentirse coartados, como se mueven los hijos en la casa del padre, en el hogar familiar.

8.- LA CONFIANZA Y EL JUICIO

El cristiano vive sin miedo alguno: “No estéis angustiados ni tengáis miedo” (Jn 14,27). Cuando el amor ha llegado a la perfección, se ha eliminado todo temor: “El temor supone castigo y el que teme no es perfecto en el amor” (1 Jn 4,18). La confianza en Dios hay que tenerla hasta el final, hasta el día del juicio: “La perfección del amor en nosotros está en que tengamos confianza en el día del juicio” (1 Jn 4,17). A Dios no hay que temerle, hay que amarle.

El juicio es un encuentro con el amor, es un juicio de amor y sobre el amor, el amor misericordioso del Padre.

La vida del cristiano se mueve en un clima de paz Jesucristo nos dejó la paz (Jn 14,27; 20,19.20.27), el don mesiánico por excelencia (Is 9,6), el conjunto de todos los bienes deseables. La paz es el mensaje constante de Cristo (Ap 1,4; 2Jn 3). El cristiano, que ha llegado a la perfección, se siente en posesión de la paz en Cristo Jesús (Jn 16,33). La paz es un don dinámico, en cuyo desarrollo los cristianos están comprometidos. Los que poseen la paz son un testimonio de la paz, obradores de paz, llamados eternamente “hijos de Dios” (Mt 5,9).

La pacífica comunión con Cristo engendra en el hombre una alegría perenne: “Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa” (Jn 15,11). “No os deprimáis” (Jn 16,6). Podrá haber momentos de tristeza (Jn 16,20), pero si esa tristeza se hace habitual se convierte en un pecado contra la fe, excepto si es la consecuencia de una grave y crónica enfermedad física y psíquica. Jesucristo triunfante goza ya de la plenitud de la alegría (Jn 17,13). Nuestra alegría es una posesión anticipada de esa misma alegría de Cristo (Jn 15,11). Una alegría que nada ni nadie nos podrá arrebatarnos (Jn 16, 22).